



NAVIDAD 2023¹

“Les anuncio una gran alegría: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor”

Luis Fernando Crespo

Lecturas del Evangelio:

Cuarto Domingo de Adviento: Lucas 1,26-38

Navidad. Misa de la noche: Lucas 2 ,1-14

Navidad. Misa del día: Juan 1,1-18

El calendario de este año acortó el tiempo de adviento. El cuarto domingo coincide con el 24 de diciembre y en la noche ya se celebra la Navidad. Las lecturas del evangelio del cuarto domingo nos acercaban a María y a José de Nazaret a quienes “el ángel del Señor” les anuncia el misterio del nacimiento de Jesús. En el evangelio de Lucas (1,26-38) el anuncio se dirige a María; en el de Mateo (1,20) el ángel se dirige a José. En ambos se revela que el que va a nacer “es por obra del Espíritu Santo” (Mt.1,18.20). “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc, 1,35). Para quienes estaban familiarizados con la historia bíblica ese lenguaje no resultaba extraño, ni distorsionaba el proceso humano de la concepción de un hijo. Expresaba, más bien el compromiso de Dios en la vocación y en la misión del que había de nacer. En este caso lo que se dice es algo singular y sorprendente: “se le llamará Hijo del Altísimo... se le llamará Hijo de Dios” (Lc. 1,32.35). “Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” y en cumplimiento de la profecía “le pondrás por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros” (Mt. 2,21.23). Todo eso no podría entenderse como simple expectativa humana, sin la afirmación “por obra del Espíritu Santo”. A partir de estas lecturas los días previos a Navidad permitían culminar la preparación para la celebración de la fiesta, “allanar los caminos del Señor” y “conocer al que está en medio de ustedes”. Este año debemos apurarnos. Por eso les envío con anticipación el Comentario.

Como bien sabemos, lo que celebramos en cada Navidad - el misterio de Dios acercándose en la pequeñez de un niño- es tan sorprendente y entrañable que necesitamos como un doble momento en la liturgia: uno que podríamos llamar más narrativo -el relato, en el evangelio de Lucas, del nacimiento del niño Jesús en Belén- y

¹ Ciclo B

el otro más especulativo y teológico- en el prólogo del evangelio de Juan. Los dos se complementan y nos ayudan, sin complicar ni banalizar la comprensión del misterio. El primero se lee en la misa de la noche o “Misa del Gallo”, el segundo en la Misa del día. Centramos el comentario en estos dos textos.²

Del relato de Lucas -¡tantas veces ya leído y comentado!- quiero resaltar el mensaje del ángel a los pastores: “les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy en la ciudad de David un salvador que es el Cristo Señor”. De ahí el tono festivo, de cantos y alegría que envuelve la celebración de esta noche. Pero este año son muchos los que se preguntarán: ¿cómo participar de esa alegría en medio de tanto sufrimiento acumulado, que se asoma en la mesa de muchos hogares: ausencia de familiares fallecidos durante la pandemia, y otros baleados reprimidos sin que hasta ahora se intente, al menos, reconocer responsabilidades y aplicar justicia. Muchos se sentirán con las manos vacías, sin el trabajo con que antes sostenían la familia, agobiados de nuevo por la precariedad y zozobra en la economía familiar. Y si miran el panorama mundial, la Navidad está empañada por pérdidas y lutos causados por la guerra y la violencia. Esta Navidad, concluyen resignados, no será como las de años anteriores.

¡Pero, quizá -me digo- podrá parecerse más a la Navidad de hace 2023 años! Entonces -recuerda el relato de Lucas- los tiempos no eran más halagüeños. Vivían sometidos bajo el dominio del Imperio Romano, habían perdido el dominio de sus tierras, se les imponían tributos, se habían empobrecido...Además, aquella joven pareja tuvo que desplazarse de su ciudad para cumplir con la obligación de empadronarse decretada por el Imperio y poder así asegurar una mejor recaudación de impuestos. Los dos jóvenes esposos no encontraron lugar de asilo donde protegerse, y finalmente María tuvo que alumbrar en un establo y recostar a su recién nacido en un pesebre. Y en ese contexto se invita a la alegría de la primera Navidad. En realidad, cuando todo va bien no necesitamos que nos hablen de alegría. Es, precisamente, cuando la situación se pone difícil que necesitamos unas palabras que prometan alegría y esperanza. Pero no cualquier alegría, la de una comida más refinada o un regalo que podamos comprar según nuestra economía. Se necesita una alegría que nos trascienda, en el lenguaje del evangelio “que sea para todo el pueblo”. Esa es la alegría que nuestro tiempo necesita, esa es la que se promete con Jesús, la que él vino a anunciar e inaugurar: “Felices los pobres, los que pasan hambre, los que sufren, porque de ellos es el Reino de Dios”. Lo comenzaron a experimentar los pobres, las mujeres, los enfermos y despreciados, quienes se sentían solos y desesperanzados. Con Jesús, aun estando mal, era posible la alegría y la esperanza. Pero no había que saborearla a solas, se disfrutaba mejor cuando se compartía y se transmitía a los demás. El Reino de Dios, que Jesús viene a anunciar y hacer presente se realiza en una manera nueva de entender la vida, en la alegría de saber que contamos con los demás y que los demás pueden contar con nosotros, que trabajamos juntos por el “pan nuestro” que Dios da para que no falte en ninguna mesa, que nos reconocemos y que por encima de las diferencias y hasta conflictos somos capaces de reconciliarnos y tratarnos fraternalmente. Eso significa “alegría para todo el

² Un comentario más amplio puede encontrarse en “Preparen los caminos del Señor. Comentarios de adviento y Navidad” CEP (2011) p.101-112

pueblo” y ésta es la alegría a la que habría que aspirar en esta Navidad, a la que no debemos renunciar.

Pero, según el niño Jesús cuando se hizo adulto, esa alegría del Reino de Dios nos reclama acogida y una práctica, que implica “conversión”, es decir cambio de mentalidad, de sentido y estilo de vida, aprender a no pensar más la propia vida y la sociedad desde el “yo” sino desde “nosotros”. Entonces más que lamentarse por no poder celebrar navidad como otros años, hay que atreverse a acoger la alegría evangélica de la Navidad que se nos propone desde Belén.

En la Misa del día leemos el llamado “prólogo” del evangelio de Juan, una especie de obertura en la que se insinúan los grandes temas que se irán desarrollando a lo largo del cuarto evangelio. Resumiendo, podríamos expresarlo en tres proposiciones: “la Palabra era Dios... y la Palabra se hizo carne” y “a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios”. En ellas se expresa lo que podríamos llamar la dimensión cristológica y salvífica del misterio de Navidad. En una afirmación, que lo sintetiza todo, tomada de los Padres de la Iglesia -los Obispos maestros de los primeros siglos- podemos decir: “La Palabra que era Dios (el Hijo de Dios) se hizo ser humano para que los seres humanos llegáramos a ser hijos de Dios”.

Del relato de Lucas al prólogo de Juan hacemos, guiados por las primeras comunidades cristianas, un salto de vértigo en la comprensión del significado de la Navidad. Es verdad que el relato de Lucas, en su sencillez narrativa, supone conocido ya por los lectores lo que el ángel Gabriel había comunicado a la joven María sobre su hijo Jesús: “se le llamará Hijo del Altísimo...se le llamará Hijo de Dios”. Pero el evangelio de Juan lo expresa con mayor fuerza: La Palabra de Dios, que era Dios, se hace “carne”, ser humano, y en la vida de ese ser humano, Jesús de Nazaret, reconocemos al Hijo de Dios. Del Dios invisible e incomprensible ahora sabemos algo muy importante: su capacidad de acercarse y revelarse en una vida humana como la nuestra. Para saber cómo es Dios, más que especular intelectualmente, hay que acercarse a Jesús, a sus maneras y palabras tan humanas: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn.14,9), dirá a los discípulos al final de su vida. En Navidad, en la pequeñez y fragilidad de un niño nacido en la periferia de la sociedad, Dios se ha hecho definitivamente presente ¡Eso sí que es un misterio!, pero revelado a la altura de nuestra capacidad pequeña de comprender.

Dios se ha “encarnado” en uno de nuestra humanidad y así, de alguna manera, en todas y todos los que constituimos esta humanidad. Afirmación de gran trascendencia teológica y práctica: “Cuanto hicieron (o dejaron de hacer) con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron”. Meditado en “esta” Navidad debería inspirarnos algunas claves y compromisos para los tiempos presentes y futuros, que nos gustaría diseñar y comenzar a disfrutar: no deberíamos consentir que haya personas o pueblos o grupos sociales considerados menos importantes o con menos derechos, la urgencia de responder a sus demandas legítimas no debería estar condicionada, como hasta ahora, a su poder económico; deberíamos revisar nuestras actitudes en la valoración y respeto a las personas, sin discriminación por su condición económica, de origen étnico o de género.

Vivimos –dicen algunos- en una sociedad en la que ya no hay lugar para Dios. Lo que cuenta son nuestras capacidades para emprender y tener éxito en la vida. Estamos solos, Dios no cuenta, fue como una idea necesaria en el pasado. Ya en los

tiempos antiguos, el salmo 42, “todo el día nos preguntan ¿dónde está tu Dios?” Hoy podemos responder que no hay que buscarlo fuera del mundo y de la historia, en la grandiosidad y el poder de un ser lejano y todopoderoso, sino allí donde hay una vida humana que sufre, en la debilidad de los más vulnerables.

Navidad revela el Amor que Dios es, el amor capaz de identificarse en la debilidad de un niño en Belén y en los pobres y maltratados en el mundo. A Dios no hay que demostrarlo con argumentos y “pruebas”. Navidad revela algo importante para nosotros humanos. Conscientes de nuestra fragilidad en el cosmos y de nuestra insignificancia individual en la historia universal, ante Dios cada una y cada uno somos alcanzados por su amor y amados como hijas e hijos. Navidad es la fiesta del amor que Dios es y de la fraternidad a la que todas las personas estamos llamadas a reconocer y construir.